

Cuentos

Edgardo Molina

Tragedia

Supongo que por mucho que lo intentara y después de todo, tienen vida propia: Un día intentando escribir un personaje, resulta que salió de su casa y al estar en la calle decidió no caminar. Yo escribía: «caminaba por la calle», y él nada... no caminaba. Sin opción, concluí que no soy quien para forzar a los personajes a que hagan mi voluntad, y comencé a quererlo así de necio. Pasaron dos horas y seguía en su actitud inmóvil y majadera. Pues ni modo. Me quedé tranquilo y dediqué mi tiempo a otros con menos personalidad; más dóciles y obedientes aun en las labores más duras. Lo que ocurrió después de trabajar algunos otros cuentos fue extraño, porque el inmóvil comenzó a moverse, pero a su antojo. Se me perdió y empecé a ojear por todas las páginas buscándolo, hasta que lo hallé muerto debajo de una gran lluvia de asteroides en otra historia. Ahí lo deje tirado no por tirano, sino porque no quiero que se me sigan escapando y luego mueran en su afán migratorio. Es doloroso, pero intento darles buena vida. Ahora les pido un minuto de silencio.

Síndrome de Lepus

Alfonso Solano cuenta los pasos, las cepilladas en cada diente y tiene tanta obsesión por la limpieza que su cuarto bien podría ganar en un concurso de quirófanos. Su loca manía por controlar todo lo llevó en su niñez a intentar tantas veces pintar el sol por la noche, que finalmente salió, pero por efecto del tiempo. Desde entonces, su casa está llena de cuadros con soles, tantos, que las paredes no se pueden ver. Su odio hacia la noche no le permite siquiera cerrar los ojos para dormir, y ese extraño hábito de animal constantemente perseguido terminó por espantar a una de las dos novias que ha tenido en su vida. En cambio, a la actual esta costumbre no le disgusta y de cariño lo llama “mi conejito”. Ella y él tienen todo tipo de ritual para no tocarse. Por ejemplo, besan un pañuelo totalmente limpio y nuevo en lugar de los labios, o para no tomarse de la mano van por la calle agarrando ambos extremos de una venda. A ese paso, la pobre madre de Alfonso tendrá que adoptar un nieto. Por otro lado, su extrema gentileza y su memoria casi perfecta le brindan las cualidades para su trabajo soñado. Comenzó a vender paquetes funerarios hacía diez años, gracias a que las octogenarias de su barrio jamás recibieron una conversación tan larga y repetitiva. Parecía siempre interesado en cualquier tema, aunque en realidad estaba contando; contaba los pestaños de sus clientes, las palabras que decían, las veces en que repetían un movimiento, las miradas, en fin. Recordaba a cada cliente por el número en que hacía un ademán específico. De niño chocó directamente su sien contra el filo de una acera tras caer de su bicicleta y estuvo en coma dos años. Desde entonces, odia no tener nada en la mente; siempre

debe estar haciendo algo. Alfonso en su tiempo libre cuenta los segundos, limpia los vidrios de sus cuadros, mira a su novia toda la noche, chasquea los dedos o deja el grifo goteando para poder contar el sonido. En algún momento visitó prisión en busca de patrones de movimientos distintos y allí conoció a su actual novia, quien tuvo algunos problemas con celos y cuchillos, pero ahora con una persona tan metódica y repetitiva, todos sus problemas se solucionaron. Lorena ama saber cada movimiento de Alfonso, pues aquella rutina es como ver mil veces la misma película. Una noche, Lorena recibió un beso en la boca y aquello naturalmente la despertó, pues en la cama ni siquiera se tocaban, de hecho, una almohada siempre los dividía. Alfonso dijo que podía tolerar un beso cada año, pero sólo si repetían 364 días su rutina. Podría resultar extraño este amor de un beso, podría interpretarse como incomprensible o fugaz, pero ese beso fue para Lorena el sol que tanto buscaba Alfonso. Por otro lado, en contra de cualquier desorden mental, él repite cada cosa durante todo un año para poder tolerar el beso en donde las cenizas vuelven a la piel.

La silla en el puente

Ver el río correr era de sus placeres preferidos y nuestra pequeña casa en el campo se lo permitía. Cuando veía los peces saltaba con alegría y bajaba a tocar el agua, pero jamás se zambulló. Lo recuerdo muy expresivo y sobre todo paciente, a pesar de que nunca aprendió a hablar. Los primeros años fueron difíciles para mi madre, pues no debía hacer ruido, vestirse con colores demasiados vivos y tenía que hacer todo de manera sistemática, porque cualquier leve cambio en la rutina de mi hermano provocaba que se ensimismara aún más y dejara de comer. Lidiar con su autismo casi hace que mis padres se separen, ya que el empleo de mi padre era insuficiente para pagar todas aquellas medicinas que jamás hicieron un cambio en él. Tuve que empezar a trabajar sin haber terminado el colegio y gracias a la instrucción de mi abuelo, y a la abundancia de material en la ribera del río, pronto aprendí el oficio de hacer sombreros de junco. Llevé a mi hermano al puente por primera vez mientras yo mostraba los sombreros de junco a quienes pasaban en sus carros. Él se sentaba en una silla que finalmente terminamos dejando amarrada al puente, con lo que mi madre empezó a descansar un poco, y yo, como pasábamos mucho tiempo en el puente, decidí llevar cordel y anzuelos. Jorgito se concentró en cómo hacerlo, y curiosamente aprendió fácilmente. Poníamos pedazos de tortillas en el anzuelo y siempre el primer pescado lo utilizábamos como carnada para los siguientes. Pasamos como ocho años vendiendo en el puente y siempre junto a mí, Jorgito pescando. A veces tenía que irme para seguir haciendo sombreros, pero mi hermano continuaba en el puente con la mirada fija en la corriente, como descifrando los movimientos del agua, o como si una voz le hablara. Supongo que Jorge no comprendía la dimensión de lo que estaba pasando.

La primera vez que lo encontré comiendo carne humana me horroricé. Al principio creí que se trataba de un camarón o alguna fruta, pero lo supe porque vi el anillo que puso en el borde del puente, mientras masticaba disimuladamente un dedo del pedazo de mano que escondía en su camisa. Esos oscuros días de mayo no vendí sombreros porque la lluvia dificultaba que los carros se detuvieran, aparte de que no salía el sol. En casa, en la parte trasera encontraron huesos humanos enterrados. La policía nos investigó como si fuéramos asesinos. Yo les expliqué que Jorgito había pescado del río esas partes humanas, pero naturalmente no me creyeron. Recuerdo verlo correr río arriba cuando me pusieron las esposas. Mi madre lloraba y mi padre forcejeaba con los agentes. Esa noche lluviosa los policías no pudieron encontrar a mi hermano, pero descubrieron que a unos ochenta kilómetros río arriba, en la comunidad de Río Frío, hubo varios deslaves provocados por la lluvia y en consecuencia parte del cementerio que se encontraba en una ladera había cedido. A Jorgito no lo hallaron, aunque hay personas que aseguran lo han visto merodeando en el cementerio. Sé que no desarrolló gusto por la carne humana, solamente pasó porque él nació enfermo y no quería que le quitaran lo que había pescado, nada más. Al salir de prisión, mis padres y yo no tuvimos más remedio que irnos de nuestra casa. Ahora vivimos en la ciudad en unos cuartos que alquilan muy cerca del mercado donde trabajo. De vez en cuando me voy al puente, pongo la silla y observo el río esperando volver a ver a mi hermano.

El ignoto errante.

Se volvió peregrino. De a poco se fue alejando de su hogar y su familia. Lo único que tomó fue su guitarra y se lanzó a la mar, pues lejos estaban los días en que su abuelo le enseñó los primeros acordes, su madre cantaba mientras tendía la ropa, y su padre cultivaba piñas, bananos, maíz y café en su labranza. Aquellas tierras eran bellas, por lo que los codiciosos se las ingeniaron para de a poco apoderarse de todo y tornar aquellos sembradíos de la campiña en monocultivo. Los militares hicieron un cuartel para controlar los alrededores, la droga empezó a procesarse y cuando menos lo pensaron, los habitantes ya estaban trabajando para los narcos. Muchos no estuvieron de acuerdo y migraron apresuradamente a la ciudad, donde hubo que vivir en pequeños cuartos y sin educación. Por la edad de sus padres no pudieron obtener empleos bien remunerados y le tocó empezar a trabajar como despachador de taxis. La ciudad enfermó a todos los de su familia; a sus padres de depresión, a sus hermanos con vicios y la hermana menor, aunque siguió el colegio, salió embarazada a los dieciséis años. Fue demasiado, no logró adaptarse al cambio y se fue al puerto. Iba con una libreta, la guitarra y muchas lágrimas. Llegó a Los Cayos y vio un festival flotante donde había payasos aterradores, preciosas bailarinas y luces nocturnas que creaban una ilusión que lo alejó de sus penas. De todos los botes del festival, el amarillo de la adivina la Madame Lucrecia

era el más concurrido. Tocó desde el muelle contiguo a dicho bote e hizo buen dinero. Su repertorio iba desde Sabina, Soda Stereo, Rata blanca, Mercedes Sosa, y por obligación cantó una que otra de las canciones viejas de Arjona. Al final de la noche, la vieja Lucrecia salió a fumar un cigarro y escuchó “Hijo de la luna” en la voz de aquel al cantor. Sintió pena por aquel joven con sombrero y sandalias, le preguntó:

— ¿Quisieras saber tu futuro?

— Prefiero no saberlo, gracias.

Ella sabía que no tenía hogar y le ofreció un techo, así comenzó el asocio. Todo un año visitaron islas y vivió en una canción donde los acordes hicieron un camino interminable por las olas. Su futuro se convirtió en esos pequeños momentos de verdad que dicen las canciones soñadoras y todo el dinero ganado se lo envió a su familia. Pasados los años su hermana escribió: «Murieron los viejos». No pudo llorar, se ahogó en medio de la gente y bailó sólo con su guitarra. Vio todo pasar, se disolvió, las paredes de su mundo interior crecieron hasta volverse una torre de marfil, indescifrable y lejana. La vida se le fue en el bote y las ganancias fueron para su sobrina. Para ser feliz nunca olvidó los dedos de su abuelo sobre la guitarra, y descalzo sobre el mar y bajo la luna, sentía las olas y el espíritu del alba en pentagramas del viento.

La niña de los risos cafés

Mi madre siempre lo amó y yo sin ser su hija aprendí a convivir con él; siempre fue un caballero con ella y dedicaba tiempo a jugar conmigo. Cuando mi madre falleció fuimos únicamente él y yo contra el mundo. Recuerdo que siempre asistía al día del padre y de la madre a la escuela, recuerdo verlo llorar por las noches; nunca se repuso de la muerte de mamá. Los años fueron pasando, fui al colegio, me hice una grande. Papá conoció una persona amable y se casaron. Ella nunca fue tan amable conmigo, pero siempre encontré refugio en mi padre. En medio de mi carrera de medicina me casé, todo fue felicidad. Un año después la esposa de papá decidió irse, alegando que él nunca pudo olvidar a mi madre. Recuerdo esa noche, lo vi tan triste, ebrio y derrotado. Sollozando me dijo:

—Mi amor, ¿sos vos?

En medio de la oscuridad de su cuarto lo abracé sin decir nada, quise reemplazar a mamá. Aquella noche sin darse cuenta, mi viejo padre me dio un gran regalo. Mi esposo no lo sospecha y para papá nuestro hijo es su nieto; estaba tan ebrio que ni siquiera lo recuerda. Me contó el hecho como el mejor de sus sueños y

no me arrepiento de lo ocurrido. Tendré que llevarme a la tumba este secreto de compasión.

El mimo

El médico me pidió el bisturí, abrió suavemente desde el pecho hasta el abdomen. Y cuando retiró el instrumento, se escucharon gritos emergentes de las entrañas del sujeto. En el informe forense se determinó que la causa de la muerte fue el silencio.

El jefe

Pasó cincuenta años en el ascensor, fue un buen empleado. Cada día vio, saludó y condujo hasta su piso a su jefe.

Lo enterraron en una fosa profunda, quizá pasó toda su vida en una especie de ataúd subiendo y bajando, pero nunca se quejó, su jefe un día después de su muerte subió al elevador, saludó como de costumbre y al ver que nada pasaba, gritó rabioso:

–El elevador está dañado.

El tathagata

Un viejo asceta caminaba sobre el agua, todas las personas del pueblo le llevaban ofrendas y admiraban su inmenso poder.

El Buda le preguntó- ¿Cuánto tardaste en aprender ese misterio?

El asceta respondió – Veinte años me llevó dominar las aguas de este río.

El Buda pensó-cruzar el río cuesta diez centavos.

Pasados diez segundos, tuvo que decírselo.

Los libros vacíos

De pronto, dejó de leer. Se dio cuenta que todos los libros decían lo mismo, pero al abrirlos; de reojo veía que el mundo desaparecía. Intrigado por la situación simuló no haberse percatado de lo ocurrido, actuó normal. Siguió con su vida, pero empezó a sentir dos grandes ojos sobre él. Entonces tomó dos

espejos, los puso uno frente a otro y abrió un libro frente al librero. Miró el reflejo y veía otro libro, otro libro, otro libro y otro libro. Y se abrieron caminos, y así nació en el mundo humano, el primer hombre de tinta.

Deseo de cumpleaños de un niño que lee mucho.

Eliseo despertó y 42 huyeron.

Una navidad

Alrededor del parque brillaban varias las típicas luces navideñas, todo estaba muy limpio y ordenado a eso de las once de la noche. Las familias celebraban en sus hogares, se podían ver los nacimientos y los regalos en las casa cercanas, la música y los abrazos de las visitas.

De pronto, se suscitó una pelea atrás frente a la iglesia catedral. Las prostitutas suelen hacer mucho dinero en la noche buena, una de ellas, al estar perdiendo en la salvaje pelea; sacó un cuchillo de su bolso y se lo empotró en la pierna a la otra.

Asomaba en la esquina contraria una patrulla, de inmediato les pusieron las esposas y las subieron a la paila. La que iba herida fue llevada al hospital. En cambio, la otra fue llevada a la estación.

Ya estando en la oficina, uno de los oficiales empezó el interrogatorio:

-Nombre completo

-María

- ¿De dónde es?

-De aquí, de Tegus.

- ¿A qué se dedica?

-Acaso no es obvio

El hombre se levantó de su asiento y le golpeó la cabeza contra el escritorio.

-No seás insolente perra, yo soy la autoridad. Vos que sos nueva, mirá, aquí se paga no creás que podés andar haciendo pisto a lo loco. Aquí hay orden. Te voy a dejar ir porque es Navidad, pero eso sí. Tenés que ayudarme con algo que tengo en el pantalón.

La prostituta se negó y forcejeó con el policía.

-Ponete viva, y no sos para eso vos, pues.

La mujer desesperada pegaba patadas, mientras el policía le tomaba de las esposas y le torcía los brazos.

Finalmente, ella se soltó y le dio una patada en la entrepierna e intentó abrir el cerrojo de la puerta.

El tipo sacó su arma y le disparó en la cabeza, la sangre salpicó en el nacimiento de la oficina.

El tipo gritó: Vengan a limpiar, la maldita me golpeó.

El cambia mentes

El 12 de marzo de 2435 se inventó la primera máquina cambia mentes. El caso es que entre humanos todo iba bien, entonces decidieron probar con animales. Eligieron al animal más cercano al ser humano para la prueba. El perro era un aguacatero de pura sangre y el sujeto un vagabundo.

El doctor les puso los electrodos en la cabeza y en dos minutos todos los archivos mentales se trasladaron del uno al otro. El perro se puso en pie y nada, siguió siendo perro. En cambio, el humano con mente de perro empezó a ver todo muy rápido, comenzó a aprender aceleradamente.

La percepción temporal del perro se quedó en el cuerpo del humano, por lo que comenzó a vivir de manera más rápida, pues pensaba que cada año eran diez para él.

Fue así como la humanidad pasó su mente a los perros y los perros pasaron su mente a la humanidad. Desde ese año ya pasaron cien años y desde entonces los perros ya no son fieles, ahora los humanos lo somos. Los perros hacen las guerras, no los humanos. Por eso hemos decidido que matando al perro se acabó la rabia. Este mundo es para los humanos, no para los perros. Sacrificaremos a los perros para vivir en paz.

La joven indecisa

Sin saberlo, dos jóvenes decidieron simultáneamente cortejar a la misma bella joven. Uno poeta, el otro un hombre armado. Al encontrarse los dos frente a la chica, ella no sabía por quién decidirse. El poeta recibió un disparo certero y de inmediato murió. La chica saltó de felicidad y emoción, pues la indecisión se le terminó y supo que más sabe de amor un asesino que un poeta.

Coincidencias

Por alguna extraña razón, en el infierno se encontraron un religioso, un idiota y un intelectual. El último exclamó acomodando sus lentes: —¡Quién lo diría, de verdad existe! A lo que el religioso respondió golpeando la Biblia: —Yo se los advertí, pero jamás hicieron caso. El idiota, rascándose la cabeza, preguntó: —¿Y si morimos aquí, adónde iremos?

La entrevista

Sí, necesito trabajar. Bueno, mis padres se separaron y tengo que ayudar en casa. Sí, soy joven, pero puedo hacer muchas cosas y aprendo fácilmente. No, señor, no tengo novio, soy soltera. Muchas gracias, señor. No, no, no, yo no quiero eso, vine a buscar empleo. No, no, no haga eso... ¿De verdad... después me dará empleo? Pero es que yo nunca lo he hecho. No, no, no, mejor no. Sí, necesito trabajar... por favor no haga eso... sí quiero el empleo. Necesito el empleo, necesito trabajar.

El alcaudón y el viejo Búho

Huyendo de los cambios climáticos, un pequeño alcaudón llegó a un bosque nuevo y verde. Al observar sus hábitos alimenticios; todas las demás aves del bosque lo apodaron “el verdugo”. Entonces las tortolitas y los colibríes acudieron a preguntarle al sabio búho por la actividad tan extraña e inusual del alcaudón.

-Oh gran búho, ¿por qué este pequeño pájaro empala y come ratones?

El búho de inmediato observó a la pequeña ave, sigilosamente vio como cazaba y comía. Su inmensa sabiduría le dijo que toda la estructura del pequeño animal era la de un gorrión, no la de un ave con grandes garras o un pico filoso como las águilas. El búho convocó a las demás aves del bosque y empezó a explicar: - Elavecilla por la que me han preguntado es un gorrión, sólo que está loco, su estructura no es propia de un ave cazadora o de rapiña. Por eso debemos enseñarle que sus hábitos no son correctos, debe comer frutas o polen como los demás de su especie.

El búho volvió a su agujero en el árbol de la sabiduría ancestral y tradicional. Asumió nuevamente la actitud holgazana de etiquetar las cosas sin conocer realmente su esencia. Tan sólo vio una versión deformada de sí mismo y quiso corregirlo, jamás pudo ver la realidad atrás de las etiquetas. Mientras tanto las demás aves, se quedaron con la idea de que el alcaudón era una ave loca.

EDGARDO MOLINA. *Nacido en Tegucigalpa, Honduras. Licenciado en Letras con orientación en Literatura por la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH). Miembro fundador de los colectivos artísticos Xoxonal y Apolión. Participó en el Congreso de Literatura y Lingüística de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN) realizado en 2015 en Granada. Su libro «La mitad de cerebro» es su primera obra. Recientemente lanzó «Formas efímeras», su segundo libro. Además, facilitó el taller de poesía «La estirpe de Juan Ramón Molina» en la UNAH. Ha participado en diversos conversatorios y ferias de libros. Asimismo, sus cuentos han sido publicados en diarios digitales en impresos. Actualmente labora en el área social.*